

cions 62. La traducción castellana es de Joaquín Jordá, revisada por el propio Fernández, y lo cierto es que los valencianismos que se han dejado por ahí ayudan en general a situar más localmente la acción, lo cual viene bien.

"El anarquista desnudo", pese a algunas imperfecciones y desaliños seguramente no voluntarios (porque los voluntarios proporcionan a la obra una frescura y desfachatez maravillosas), es de las novelas que, aquí y ahora, merecen el calificativo de importantes. Su estructura, en primer lugar, está pensada y bien pensada, pero nunca para agobiar al lector: básicamente, son cartas que diversas "locas, mariquitas y carrozonas" dirigen a un amigo-amiga que a la sazón está en Amsterdam y nunca contesta por causas de fuerza mayor, léase la vida. El género epistolar, con toda la riqueza y falta de prejuicios literarios con que Lluís Fernández lo encara, permite que la fatiga nunca haga presa en el lector; sólo de cuando en cuando hay reflexiones peligrosamente intelectualizadas acerca del sistema y cómo tirarlo abajo, reflexiones que no perjudican demasiado al conjunto, porque no se alargan exageradamente.

Por supuesto que semejantes misivas recuerdan a las de "Boquitas pintadas". Pero si en Manuel Puig todo iba sugerido, filtrado por la ternura y acaso a veces por la ironía, en "El anarquista desnudo" la cosa va, como se diría en los círculos retratados, de bestia y tarasbulba. Son cartas descocadas, repletas de chup-chups obscenos, de reverberos plastificados, de horteadas pitiminis, de desplantes guarrísimos. Muy dentro, pues, de lo levantino. "Eso" levantino que, tanto en su vertiente Miró como en la ninot, se olvida con frecuencia en aras de un pseudo-castellanismo o, lo que es peor, de amaneramientos pseudo-sudamericanos como pululan, literariamente hablando, por todas las nacionalidades, regiones y cabezas de partido de este lío que antes solía llamarse España para entenderse y aplaudir a Kubala.

"El anarquista desnudo" a veces se pasa, sobre todo en la nómina de suicidios, por más que a la legua se ve el cachondeo sobre los estragos que el melodrama y otros mimetismos siguen causando entre nosotros. Pero una obra

así plantea cuestiones reales, que no pocos editores timoratos y críticos finolis quisieran ignorar: a

Lluís Fernández.



saber, que la vida tiene que irrumpir en lo que se escriba, y tiene que hacerlo con toda la bastez, incoherencia, exageración y argamasa borde con que habitualmente nos sacude. Fernández, consciente de ello, se ha arrancado por la tremenda, con procacidad, burradas, cagarritas, boleros y lo que es menester. Para quien quiera captarlos, hay guiños por doquier que declaran intenciones: "Una literatura fragmentaria que zozobra y se resiste a caer en el vacío, igual que mi país, mediocre, y, sin embargo, resistente a las derrotas, porque se alimenta de ellas". Pero lo importante es que no se da la tabarra a quien lee haciéndolo partícipe, quiera o no, de los propósitos autístico-autorales, sino que más bien se mantiene un tono inequívoco de este tenor: "... cuando una voz con corona me detuvo sin contemplaciones:

—Si quieres, rosa de mayo, será el vasallo de tu persona".

Pastiche, pues, y consultorio sentimental, y parodia de la jerga tecnocrática, y fascinación por el cine más colorínche y sentimental, y humor desgarrado ante unas vidas "locas" constantemente amenazadas en nuestra sociedad; una mano de escritor sumamente hábil, capaz de, sin enmendarse, hacer punto aparte y poner de pronto: "Nadie podrá decir que estaba nervioso cuando descendí por la escalera, con una pistola del nueve largo que guardo en el cajón más recóndito del secreter, y, con la precisión de un autómata, rompí de un tiro la porcelana de una irresponsable existencia, sabiendo que así terminaba con el equilibrio ficticio de nuestras vidas gastadas". Y luego, seguir como quien lava, como quien se atusa los rizos y las plumas. ■ MIGUEL BAYON.

## El pecado en Barcelona

**E**l "pecado consensual" fue presentado por Víctor Márquez Reviriego en Barcelona, con un lujo insólito de parlamentarios. Allí estaba Josep Solé Barberá —"un hombre con educación de esa que ya sólo se encuentra en España en algunos de los balnearios que salía visitar el general Spínola"—; estaba también José María Mesa Parra, destacado ucdeco de quien Víctor Márquez dijo saber de buena fuente que su hombre en Madrid es Rodolfo Martín Villa; con ellos estaba Antoni de Senillosa, anunciando precoz la primavera con una camisa de flores que vaya usted a saber cómo Fraga se la tolera en su grupo parlamentario. Tarde pero a tiempo apareció Eduardo Martín Toval, y cuando ya se iba a jugar la prórroga, saltó a la cancha Miguel Roca Junyent. Cinco parlamentarios, cinco, para una tarde de invierno barcelonesa, con el autor de los apuntes parlamentarios como presentador-ponente.

Del diputado comunista Solé Barberá dijo Víctor Márquez que es el único de su grupo que, de proponérselo, tendría algo que hacer con alguna diputada de UCD. Entendió el diputado que esa era una forma halagadora de llamarle "carroza", por lo que consumió un turno de réplica. Para Solé, "el pecado consensual", como en su día lo fue "la tentación canovista", es una forma muy seria de entender y divulgar lo que sucede en el Parlamento, con lo que se da la paradoja, subrayó, de que quizá no lo toman en serio muchos de los que informan con ese tono y que sea quien recurre al humor el notario-periodista que más importancia le concede a las tareas parlamentarias.

Para Mesa Parra, libros como "El pecado consensual" acercan el Parlamento al pueblo, y para Eduardo Martín Toval —otro destacado pecador—, probablemente ha hecho más Víctor Már-

quez por la democracia que los mismos diputados. Roca confesó que durante el pecado en cuestión se lo pasó muy bien, como sucede con todos los pecados, y descalificó esos grandes volúmenes de "la Constitución comentada" que no comenta nada, abogando por las ediciones sencillas que favorecen la divulgación.

Antoni de Senillosa, liberal por excelencia, abogó porque a Víctor Márquez no le den jamás premio, honor ni medalla alguna, porque él cree en el efecto apaciguador, en el poder corruptor, de los premios y los homenajes. "Que no nos lo premien, para que siga escribiendo esos apuntes y esos libros de tentaciones, pecados y penitencias". Senillosa añadiría que es un gran placer para él pasear por los interminables pasillos de las Cortes charlando de literatura con Víctor Márquez Reviriego. "Pasillos esos —añadió— que a lo largo de la Historia deben haber escuchado tantas guarradas políticas".

Al final, como prueba fehaciente de lo mucho que se había reído en la sala, Josep Solé Barberá recurrió a señalar que se había reído hasta Manolo Vázquez Montalbán. Así que pueden ustedes imaginarse lo que fue aquello; no quedó parlamentario por repasar y hasta uno que no había sido invitado llamó para quejarse. Otra —parlamentaria ésta— llamó para excusar su asistencia, a la que se creía obligada en calidad de lectora de los "Apuntes". Los cinco invitados, con más o menos puntualidad, acudieron. Nadie quiso exponerse a protagonizar como represalia las crónicas que le quedan a Víctor Márquez de aquí hasta la amnistía parlamentaria, que todos los años concede por Navidad.

Detalles técnicos: no se repartieron croquetas para evitar avalanchas. ■ MANUEL CAMPO VIDAL.